

Gustavo Sainz

Treinta y nueve músculos en tensión



Al principio, algunos párrafos de onda informativa: Me despiertan, empujan inopinadamente al agua fría de la regadera y son las doce, gritan Dona y Trusita/ Por la ventana veo a varios esquiadores agarrados a hinchados papalotes: vuelan, tumescentes, por encima de la bahía con gestos indescifrables, aéreos, seguramente angustiados, brillantes, con poses circenses. Pienso en Sarro, según la descripción de Yinyin. En el manso y corrupto gordo Sarro abordando en La Habana, a las once de la noche y en compañía de otros mercenarios, un DC-3. En un bimotor visto desde el suelo abundante en grillos y alacranes de Isla Mujeres o Campeche, tímidamente iluminado y ruidoso. En un comandante glabro que despertó a Sarro entre cuatro y cinco de la mañana, en los pujidos de Sarro al incorporarse y en su salto al mugiente vacío, similar a mi entrada en la sorpresiva y agradable agua de regadera. Pienso también en el mudo dios de los reaccionarios hundido en el mar para provocar la marea y deteniendo al avión de la colita plateada y soplándole como a un chicoria, a un diente de león, y en veinte o más paracaidistas cayendo despacio en el abismo, meciéndose con suavidad, girando, como las semillas de esa planta... Y en el apagado impacto de su caída y llegada a una tierra ocre, llena de cavidades, y en sus movimientos guiñolescos al enredar y sepultar la tela blanca de los paracaídas/ Apúrate, me dice Trusa, queremos ir al Revolucionero, y nudillea en la puerta del baño. Entra, pienso, cínica, o digo, te mueres de ganas, pero cierro las llaves de ¿y si me espía?, bien, la compla/ Pero toda prisa es inútil: Yin tarda arreglándose y cuando salimos son más de la una y los mil doscientos escalones, las dos. Estoy rosado. Y Donají carga mi libro de Lecturas históricas mexicanas.

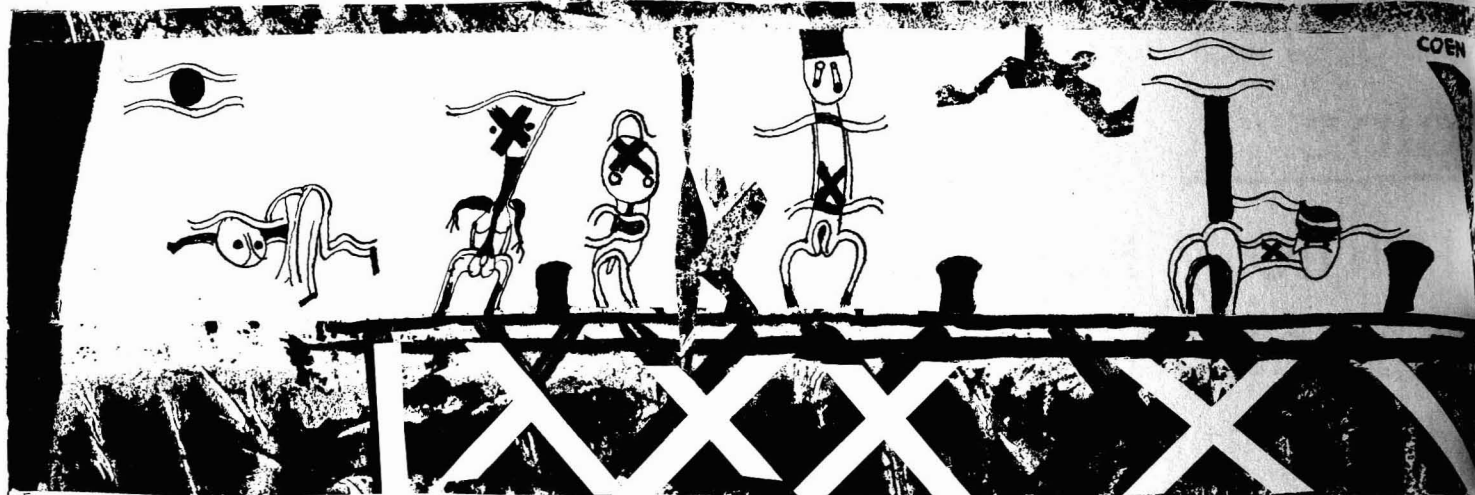
Luego

¿Cuántos años tienes? Veintidós, dice Yin. Pues te portas como una chamaquita de dieciséis. Y se portó como una chamaquita de dieciséis. Durante la comida habló y habló de hazañas de Sarro y cuando llegamos a la carne, yo a la tampiqueña, Dona: puntas de filete, Trusa: filete sol, ella: gambas con gabardina, sus cuerdas vocales, su lengua, su faringe, organizaron que a los guerrilleros comunistas les abrieran el vientre, con habilidad, sin maltratarlos, generalmente los maniataban a un árbol abiertos de pies y manos, filmaban la acción, por gusto y la grababan para probar la autenticidad de las confesiones, y luego les extirpaban una punta del intestino y jalaban y jalaban hasta desenredarlo y lo tiraban por allí. Basta, dijo Dona, cállate, no cuentes eso, y susurró era el amo.

Cuando le dieron las fotos y logró descifrar la clave que las acompañaba se puso muy contento. Comenzó a silbar Berimbau mientras limpiaba la pistola underhammer de diez pulgadas, y se vestía con una ropa que no era suya: traje de burócrata pobre, arrugado por el olvido. Se persinó en nombre de una colt 1900, una beretta y una colt new "apex" poseídas en otro tiempo. Seguía con Berimbau cuando llegó a esa calle minuciosamente descrita en un sobre que en apariencia contenía propa-

ganda de una revista norteamericana, y se apostó frente a un tendajón mixto: El triunfo de Maximiliano. El archiduque y la emperatriz, pensó, México en una nuez, la equis en la frente, e incorporó estos elementos a la letra que murmuraba sin cesar: Berimbau me acompañau, Maximiliano nau, nuez tu-ri-ri-ran. En los primeros veinte minutos bebió cuatro cocacolas y luego tuvo tantas ganas de orinar que movía los pies y bailaba. Yin le hubiera dicho por millonésima vez cocacola can cause tooth decay, headaches, acne, nephritis, nausea, delirium, heart disease, emotional disturbances, constipation, insomnia, indigestion, diarrhea and mutated offspring. ¿No hay baño aquí? No. ¿Hay alguna cantina cerca? No. Hablaba despacio para que el acento no lo traicionara. Salió del tendajón y fue hasta el edificio amarillo, rebosante de balcones, plantas y jaulas con pájaros prisioneros. Le apretaban los zapatos. El sudor de la papada le había mojado el cuello de la camisa. Niños semidesnudos en las escaleras, un perrito, ropa tendida entre barandal y barandal, macetas: Lewis: Antropología de la pobreza. Por fin llegó frente a una puerta determinada. Se detuvo, jadeando, bamboleándose y tocó. Abrió una mujer despeinada y sucia, sin pintar. Entre resoplido y resoplido él preguntó por el marido que sabía ausente. ¿Puedo esperarlo? Sí, pase, por favor, póngase cómodo, invitó la mujer, sobándose las manos en un delantal. ¿Una copita? Le dieron ron del más corriente. Había un revistero con varios ejemplares de un mismo periódico. Tomó uno. Cuatro niños insistían en ver televisión y la madre terminó pegándoles y enviándolos al patio. Él no cesaba de comprobar el sudor de su cara. ¿Puedo entrar en su baño?, preguntó a la mujer vestida de novia en un retrato, junto a su marido. Sí, como no, pero dispense, perdone, es que todo está tan tirado... No se preocupe, y retiró la vista del retrato, soy de confianza. Leyó íntegramente el panfleto leninista, según decía al pie de las páginas, y cuando salió del baño lo arrojó sobre el revistero: Castro lo veía desde allí con ojos beisboleros, plano, discursando con gestos de afectada sinceridad, la mano izquierda sobre una baranda donde se pavoneaban muchas palomas; seguramente de plástico, pensó. Eran las seis de la tarde y pidió otro vaso de ron, si no es mucha molestia. Sorbía muy despacio, lúbrico, seguro de sí mismo. Hacía tanto tiempo que no tomaba que le empezó a agarrar gusto a ese líquido fraudulento. A las siete llegó el marido, preocupado sin razón aparente. Adentro está un señor que te espera desde hace mucho. ¿Pugibet? No, a Pugibet lo conozco bien. Éste es un gordo conchudo... Tengo hambre, mi vida, prepáranos la cena, ¿sí? Okey, dijo la mujer. Entraron en la sala cuando Sarro sacaba tranquilamente la pistola de entre sus ropas. Petrificáronse cuando disparó, sin ruido alguno, ocho tiros sobre la cara y el cuerpo del hombre. La mujer quedó así, atenta al revólver extraño, peligroso y mudo como ese grito que parecía escapar de su garganta pero que no salía. Sarro guardó la pistola, serio, con la primera de sus dos expresiones: RIP, los ojos muertos, contemplando extasiados algo que no estaba allí; salió, esquivó





con tranquilidad niños y trastes sucios desperdigados por la oscurísima escalera, Berimbau en la mente; creyó ver a un hombre viejo con intenciones de atraparlo pero arrepentido apenas a tiempo, en cuanto la mano redonda e hinchada palpó el bolsillo con la pistola: lo vio derretirse pegado a una pared, miedoso. Afuera, caminó dos o tres cuerdas alerta a sus perseguidores. Terminó por tomar un taxi. Iba a darse una buena comida, después de quitarse el bigote cómico, despintar y recortar sus cabellos y quemar el traje de olores fermentados, aderezada al principio con chatêau la louvière, después con chablis calvet, finalmente con champagne vve. laurent perrier vintage brut magnum 1959. Me sentía, confesó después, feliz de trabajar con Papá la Oca, contento por entrar con pie derecho en un país hostil, de serpientes pisoteadas, fuentes luminosas y jardines floridos, ambiguos y absurdos.

Y no tenemos más remedio que llegar a su casa, amenazó Yin. ¿A ti no te da miedo? No, dijo Dona, ¿y a ti? No. Pero eso no es todo, desde que salimos de la playa se instaló sin desfallecimientos en mi neuroticabeza una maldita y ciento once veces maldecida neuralgia que no me abandonó sino hasta muy noche. Llegamos al hotel y Donita y Trusa corrieron al muelle. Densos, malhumorados, Yin y yo bajamos hasta el bungalow, cerramos puertas y ventanas, como para preparar la siesta y como por descuido quedé en el centro del insuperable desorden de la recámara. Ella no intentó desvestirse. La asalté, luchamos en silencio, atentos a las pisadas de Dona o Trusa, allá abajo, en el muelle, envilecidas por la posibilidad de sorprendernos. Total, Yin cedió y apenas comenzamos terminé. Le impedí ver campos de trigo, banquetes, cangrejos en cópula, pestillos, cuadros de Magritte o cinetismos de Vasarely que siempre ve cuando llega al final. Quise continuar pero ella me apartó, desencantada. Es lo de menos, dijo, hoy en la noche o mañana a más tardar estaremos con Sarro. Entró en el baño y se entregó al agua, bajo la regadera. La neuralgia me emborronó el paisaje. Más tarde intuí que Dona sabía del fracaso de la aventura. Nos bañábamos y esperé todo el tiempo sus reproches, preparando una contraofensiva, pero no dijo nada y entre chiste y chiste, ella forzándome como para confirmar sus sospechas, empezamos, todavía mojados, ¿saben? La cámara sube y uno comienza a ver árboles y árboles y cielo hasta una disolvencia que da paso a otra imagen: Terencio escribiendo, despidiéndose por hoy, parece, de la perversa neuralgia, temeroso de las sospechas de Dona, planeando cómo decir Yin me hubieras visto, menos de una hora después, ¿no has oído hablar de Cesare Pavese?, pero siempre tímido, mal mecanógrafo y con treinta y nueve amigos atentos a todos sus pasos.

Por la noche fuimos al cine: Bésame tonto; sólo para adultos, 14 rollos, con Kim Novak y Dean Martin, dirección y producción de Billy Wilder. Allí estaba Leticia, con los cabellos color zanahoria. Era muy difícil no toparme con ella. Leticia Leteo, aleteo. Terrancio rancio, me dijo, medio borracha, se me hace que ya no soplas. Se acercó Donají. Está bien, está

bien, te dejo en paz a tu Henry Miller, dijo Leticia y fue a tirarse por el balcón, al mar y su ruidoso obsesivo, doce o trece pisos abajo. Mar por doquiera, nos viene a altura de hombre, urgiendo, alzando el enjambre apretado de las olas jóvenes como mil cabezas de desposadas, como dijo Perse. Bueno, con esa expresión. ¿Quién es?, preguntó Donají. Tuve que contarle todo, aunque con leves modificaciones. Me gustaría conversar con ella, subrayó, al final de mi disertación. Y creo que también conoce al gordo Sarro, dije.

A eso de las cuatro de la mañana regresamos. Ya en el hotel, a media escalera, una deidad azteca o a lo peor católica nos movió el piso y Dona se abrazó a mí con desesperación, Yin gritó y Trusina casi se rompió algo al rodar por los escalones. Ladridos de perros alrededor de la bahía, nuevas luces encendidas y ruido, matraquitas, zumbadores, chillidos, insectos inclasificables y alborotados por todas partes. Una lagartija semitransparente, nerviosa, casi cuija, apoyada en las paredes del cuarto verde oscuro, corre unos centímetros y otea, camina y camina alrededor de nuestra habitación buscando una salida y no puedo apagar la luz, no quiero dejar de verla por temor a sentir su contacto, de pronto arriba de la cama, fría a pesar de su desesperación, estúpidamente extraviada. Me estremeczo bañado en sudor y casi contra mis deseos incurro poco a poco en el sueño, entro con ritmo trémulo en el santuario-regazo de almohadas y la embriaguez de sábanas y pesadillitas.

Ahora es mediodía y desayunamos pan con jamón entre reconfortantes tragos de yolis. En el departamento vecino hablan sin cesar del temblor. Yin no termina de arreglarse. Dona y yo nos eclipsamos durante un momento. Trusa juguetea por allí. Pienso en su cara al descubrirnos, en su rubor o en la expresión de complicidad que haría. Yo arriba: gano. Luego invertimos y pronto Dona iguala puntuación. Antes: besos en ojos, frente, mejillas, cuello, pecho, senos, labios, interior de la boca, junturas de las piernas, brazos, axilas y ombligo; mordiditas en la espalda y el vientre; rasguños, marcándole las uñas alrededor de los pezones.

Tenemos que empacar, dijo Yin, apresurándonos. Para mí Acapulco, juzgó Trusa, es como una competencia. Se trata de saber quién tiene mejor cuerpo quién nada mejor quién esquía mejor quién baila mejor quién liga mejor quién luce mejor un bikini... Sin competencia, Acapulco no sería nada. Empacamos. Indolentes como estuvimos durante el día resultan un poco explicables las exigencias de Yin respecto al tiempo, exorbitantes, como si alguien nos persiguiera o el bungalow estuviera por desplomarse. Luego las escaleras. Nos habíamos olvidado de ellas. Comenzamos a subir como a las cuatro y media. Voy a contar los escalones, dice Trusita. No te canses, advierto. Llevo dos maletitas. Dona carga sus libros y las toallas. Por allá arriba, en la cima, vemos a un mozo que desciende a moderada velocidad en nuestra ayuda. La maleta de Yin es gigantesca, no puede con ella y prefiere sentarse a esperar auxilio. Cuarenta, dice Trusa, y se detiene a recobrar aliento. Vamos a la





mitad del trayecto y comienzo a murmurar frases derretidoras, casi lloro, a envolverme en palabras. Cuando vi a Leticia Leteo en la puerta del cine apenas y pude contenerme. ¿Por qué me complace tanto hablar de cosas sexuales? Aunque dicho esto, cualquiera puede comprender que descubrir a una exesposa, de pronto, después de cuatro años de no verla, vinculada a una película cómica y cruel a un tiempo, sobre adulterios, evitó la posibilidad de un diálogo. Del millón de preguntas que pienso hacerle, que planeo y afino todos los días, no atiné a formular ninguna. Ciento veinte, dice Trusa, desbordante de asombro.

Cuando llegamos arriba tenemos que esperar a Yin que avanza muchos escalones abajo. Leticia, con sus maneras de ave de pésimo agüero, le dijo a Donají. ¿Quién? La mujer que me encontré parecido con Henry Miller. No me acuerdo cómo es. Yin emerge y Trusa la deslumbra. ¿Sabes cuántos escalones subsiste? No espera la respuesta, grita cuatrocientos doce. No, dice Yin. Cuatrocientos doce escalones, repite Trusa.

Por fin, a las cinco de la tarde salimos del hotel. A pesar de estar en la sombra el camión arde, anaranjado como es, absolutamente asfixiante. Trusa abre todas las ventanillas. Subo al final. Donita moja las toallas y las pasa por los asientos, refrescándolos. Hay un peso de plata soldado al primer escalón. Lo sé desde hace mucho, sin embargo, cada vez que subo, intento levantarlo. Acelero el camión lo más posible. Corremos por la avenida Costera. Cafre, grita alguien. Necesito que se ventile, explico, para Yin, Dona y Trusita. En el mercado compramos

dulces de coco y tamarindos, caminamos un rato. A las seis en punto salimos hacia México. La carretera y el cielo son del mismo color, gris batman. Tengo vista cansada, ojos secos y Trusa, sentada junto a mí, anuncia la presencia de vacas o caballos que puedan estrellarse contra nosotros. Al fondo del camión, que traquetea como si fuera desarmándose, Yin y Dona cuchichean. Quiero oír pero al mismo tiempo tengo que atender el camino y me fatigo muchísimo. ¿Después de México a dónde iremos? Siempre en continua huida, dice Yin. Mientras tengamos el camión no importa y la pasamos bien, dice Dona. Luego Yin recuerda que habló con Sarro por teléfono y que nos espera. Es una excelente persona, dice. Ahora ríe como ratón de Walt Disney.

En Chilpancingo bebemos café y compro varios chiles que tengo que mascar para mantenerme despierto. Trusa duerme. Yin y Dona se acercan a mí, se acomodan en el primer asiento. Recordamos que a Vicente Leñero le arrojaron piedras en esta carretera, rocas, troncos. Si uno se detiene a ver las abolladuras, si el carro no se vuelca, salen detrás de alguna loma veinte calzonudos y te desvalijan. Vicente no se detuvo, no le pasó nada. Y lo de Sarro, dice Yin. Siempre sale con su ametralladora. A veces la esconde en la cajuela, a veces bajo el asiento. Una vez le prestaron un rímbler, lo mandaron a hacer un trabajito y salió rumbo a Guerrero. Venía por esta misma carretera y al doblar una curva se topó con un camión de indios mariguanos: una treintena zarandeaba un volkswagen, otros, estaban aún en el camión de redilas. Sarro apenas tuvo tiempo de frenar: quiso poner reversa pero vio que el volkswagen comenzaba a requiebrarse con dos mujeres dentro. Sacó la ametralladora y disparó sobre las cabezas de los indios que ya dejaban el coche y corrían hacia él. Disparaba y le decía cosas a la ametralladora, asústalos mamacita. Fue un desperdigadero de guerrerenses memorable y sin muerte alguna. Con su colt new "apex", con balas de trece diferentes calibres, hubiera acabado exactamente con trece asaltantes, de balazos aquí. El tercer ojo, murmuró Dona. Pero los demás, lo acabarían, en cambio, con la ame/ En el volkswagen/ Ibas con una amiga, interrumpí. ¿Ya les habías contado eso?, pregunta Yin. Sí, dice Dona. Ocho millones nueve mil cuatrocientas veces, agregó, punto doce.

Finalmente,

en Cuernavaca llueve. Media hora más y conocen a Sarro. Yin aplaude. El taomasei de que tanto hablas, vas a maravillarte. Es genial. Reduzco la velocidad. Jugamos cosas de memoria. Donají siempre gana. Propongo nombres de cines y comienza Yin: Alameda. Sigue Dona: Alameda, Naúr. Sigo: Alameda, Naúr, Continental, como dijo Proust. Yin: Alameda, Naúr, Continental, Insurgentes. Dona: Alameda, Naúr, Continental, Insurgentes, Chapultepec. Yo: Alameda, Naúr, Continental, Insurgentes, Chapultepec y Diana, como dijo Pieyre de Mandiargues. Es difícil ver la carretera delante de los limpiadores, al frente del cofre anaranjado, lavado implacablemente.



COEN



Por Tres Marías, Dona puede repetir una lista de treinta y nueve nombres. Reduzco aún más la velocidad. Dona me reta a numerar formas de besos. El beso de retrasado mental: sobre los labios cerrados. El cachondo: con la cabeza inclinada y la boca entreabierta. El beso Papá la Oca: se toma el labio entre dos dedos para poder lamerlo y luego se presiona fuertemente con un labio. Uno y uno, dice Dona y comienza. Beso de nínfula: el hombre besa el labio superior de la niña en tanto que ella besa el labio inferior. Dije: En el ombligo, repasando con la lengua todos los canalitos. Dona silabeó: El beso con chapoteo y batalla de lenguas, que como su nombre lo indica/ Frené bruscamente y di a cada una un pequeño beso heterosexual. El beso que despierta, dije, y me incliné sobre Trusa dormida y la asusté. Recordé a Leticia. Dije: El beso platicado. Se encuentra en poemas y canciones. Vámonos, quiso Yin. Estoy cansado, dije, pero me senté frente al volante. Sarro nos espera, amenazaron ellas, como un trío de brujas.

A lo lejos, el presuntuoso manto de luces de la ciudad nos anunciaba el fin de la autopista. Me sentía completamente sordo y sin fuerzas. Me separaban de Sarro unos cuantos kilómetros y la marea baja del odio. Es la primera lluvia del año, dijo Yin, cuando pasamos frente a la Ciudad Universitaria, y estamos en mayo, pavoneándose por su veracidad, todavía es primavera, orgullosa. ¿Y la del 2 de enero?, dijo Dona, ¿y la del 7 de enero, y la del 11 de febrero, por la noche, y la del 18 de marzo? Réimos sin ganas. Durante el trayecto por la avenida Insurgentes guardamos silencio.

Tiene esta ciudad muchas plazas donde hay continuos mercados/ Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas, comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos/ Hay calle de caza, donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, doraes, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas de estas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabeza y pico y uñas/ Hay calle de herbolarios/ Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes/

Me sentía alegre pero al mismo tiempo miedoso

Sarro

inútil, cansado, sucio de remordimientos, insatisfecho por estar en la ciudad vieja, sinuosa, inopinada, voraz, conminatoria, llena de mugre y polvo y luces y fantasmas ruido y soledad y miedo y sociedades secretas/

Podemos decir que hasta descender del camión y encontrar a Sarro comienza la historia, y que esto es más o menos así como un prólogo. Un prefacio, un epígrafe.

